

**En siete
centímetros
escribo un
orgasmo**

Relatos

Eris Victoria



En siete centímetros escribo un
orgasmo
Eris
Relatos

Ediciones Frenéticxs Danzantes
Colección Los manjares de Afrodítx
@edicionesfreneticxs

Hecho a mano en taller propio
Primera edición
Julio de 2023

Esto que estás por leer fue seleccionado
a partir de convocatoria abierta y
descubierto como un manjar. Así que si
lo tenés en tus manos, entregate y
disfrutá del banquete.

Este libro cuenta con licencia Creative
Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
CC BY-NC-ND



**En siete
centímetros
escribo un
orgasmo**

Relatos

Eris Victoria



Ella y la otra ella

Esa mañana sin preámbulo alguno me desperté montada por mi lasciva compañera. Apenas abrí mis ojos, sin llegar al buenos días lamí mis labios y apretándolos le sonreí. Ella pasó su mano por mi espalda desnuda, se subió sobre mí que me encontraba boca y pecho abajo. Acarició mi cola y comenzó a frotarse decididamente contra ella. Me encontraba inmóvil, podía sentir mi largo cabello acariciando mi cintura y sus vellos frenéticos en mis nalgas. En su subir y bajar ferviente con una de mis manos libres, acaricié su culo y de un golpe seco, excité su galope, ella con su intenso gemido confirmó la acertividad de mi acción. Tomé como pude su glúteo con mis dedos como pinzas, agarrado al borde de su aro divino, seguí el ritmo de sus fricciones e intenté llegar un poco más adentro pero ella quería el control, así que tomó mi muñeca y extendió mi brazo por encima de mi cabeza, sosteniéndome con firmeza, bastó con dos o tres fricciones más para sentir su exquisita flor desbordando, su leche ardorosa sobre mis nalgas siguió fielmente las curvas y pliegues hasta encontrar el cauce de mi humedad. Se recostó sobre mí y pude sentir su corazón desesperado, acabó mojado todo mi cuerpo con su sudor y gimió sin aliento en mis oídos. Apenas pudo soltar unos apacibles sonidos que se mezclaban entre dolor, placer y agotamiento. Dolor por saber que es una muerte rápida, milimétrica en la vastedad del tiempo, que viven ardientes estos cuerpos. Y por saber en algún lugar de sí, que ese placer, es el suspiro/aliento de su alma.

Los sonidos de su cuerpo me calentaron todavía más que todo aquel arretrato. Ella se acostó a mi lado mirando el techo y yo endemoniada por tanta lujuria me subí sobre ella apoyando mi vulva empapada contra la suya, ella acariciaba mis tetas contra las suyas al mismo tiempo que pellizcaba nuestros pezones unos sobre otros, mis nervios estaban en punta no quería dejar de sentirla toda, cuerpo a cuerpo en ese desprolijo revuelco entre las sábanas.

Nos miramos a los ojos, ardían de tanto deseo. Levanté mis caderas liberando su movimiento y eligió alcanzar mis tetas con su boca, me volvía chorreante licor entre sus lamidas y suaves succiones. La artesana de mis placeres, dispuso como una ofrenda su mano al costado del cuerpo y sin dudar, la aprese entre mis piernas y mis labios... podía sentir la punta de su dedo hundirse en mi almíbar mientras me corría dulcemente. La frotación se volvió fuerte y dura como la punta de mi iceberg clítoriano y como una posesa mi pecho se levantó arqueado hacia atrás y grité, grité desesperada, en ese limbo, entre profundamente feliz y doliente por intuir la proximidad de un final, mientras el placer me inundaba de risa y llanto.

Ella me miraba con encanto y yo mantenía presos sus dedos contra mí, me hice a un lado, me acosté con los pies apoyados y las piernas abiertas, ella inmediatamente volvió a tomar el mando y se hundió con su lengua en la cascada espumosa de mis deseos, relamió sus labios y deglutió como quién firma un pacto de sangre, me miró fijamente penetrándome con sus largos índice y medio, esos dos maravillosos dedos que llenaban mi cavidad. Sabiamente, manejó el ritmo justo para mi pulso transportándome

a un éxtasis sublime. Podía sentirla en mi bajo vientre. Ahora adentro y toda en mí. Mis ojos brillaban y mis labios ardían, ella chupaba mis dedos con su boca y yo los suyos con mi vulva, mi vagina y hasta la pared más alta de mi útero, estremecida de placer otro estallido volcánico nos propuso un stop entre lácteas savia y saliva.

El erotismo romántico es un discurso subversivo

Mientras laboraba en la compu sentada sobre el suelo en postura de meditación.

Ella me abrazó sorpresivamente por la cintura, beso mi cuello mientras me olía cómo si estuviera descubriéndome. Soltó mi pelo y acariciándolo, corrió la mesa. Yo solo llevaba una remera larga, ella se quitó un pañuelo y vendó mis ojos. Entendí que el juego no era optativo. Tal y como me gustaba logró sorprenderme, y yo, Claro! Siempre dispuesta ante sus propuestas lúdicas y lascivas. Se alejó de mí y luego solo sentí sus ardientes labios sobre los míos. Mis humedades sincronizadas comenzaron su labor, subió mi remera y sin poder evitar la tentación y reconociéndose desesperada mordisqueó suave mis pezones, mientras, me envolvía con sus manos por la cintura. Le besé apenas los hombros porque no alcancé otro lugar, quise acariciar pero apenas pude rozar una de sus tetas la cual, rápidamente me negó. Le ofrecí uno de mis dedos, al que chupó enardecida calentándome todavía más. Siguió lamiendo cada una de mis partes, bajó un poco más allá de mi ombligo y mi concha entró en un desespero irrefrenable.

Mi puntiagudo clítoris deseaba su lengua, sus labios y su saliva. Ella no demoró en alcanzarlo solo con la punta de su lengua, lo que demencialmente me enajenó. Me derretí y me devine lava, que ella lamió con todo, el ancho de su lengua. Me atrapó desde mi rincón más ínfimo entre sus labios, mi diminuto punto divino fue capturado con la calidez de su temperatura bucal. Un instante antes

de llevarme a la cresta del éxtasis me soltó. Enloquecida y enajenada por la frustración y en desespero, se posicionó detrás mío envolviendome con todo su cuerpo y sus largos brazos, me llevó hacia adelante poniéndome en cuatro patas agarrándome con firmeza de la cintura para con su otra mano embestirme brutalmente con sus dedos, me penetró profunda y rápidamente. Nos mecíamos juntas mientras hundía sus dedos entre mis hinchados y pegajosos pétalos de carne, abriéndose paso a mi infinitud, gemí breve y con la respiración entrecortada, podía vislumbrar un grito que me ensordeció por dentro mientras, nos diluimos en la fusión de nuestros líquidos volcánicos. Sacó sus dedos para palpitar sobre mi clítoris, que erecto, pedía mayor presión. Ella complacía cada uno de mis deseos, por instinto o sabiduría. Ambas sabíamos que ese universo estaba al borde del big bang así que apresurando el zarpazo chupó mis orificios elevándome al punto máximo de gozo, yo, enteramente abierta dilataba para regalarle el chorreante placer que se avecinaba. Me sentó y de frente a mí, cruzó sus piernas entre las mías. Yo no podía verla, pero la olía, su deseo, su perversión, su sensualidad viciosa. Olía sus charcos que no me permitió degustar.

Se sirvió frotándonos erectas, vulva contra vulva. Tomadas de las manos como si nos columpiáramos una en la otra, estiramos los brazos con fuerza al unísono, con nuestras enloquecidas caderas balanceándose desesperadas, por acabar en un solo grito.

Conocíamos nuestra melodía, era el ciclo de subida, estallido y descenso lo que nos encontraba y nos disponía enteramente la una a la otra. Nuestras caderas aceleraron su galope y la escuché, la escuché sollozar y reír.

Nos sentí acabadas la una en la otra, sentí el jugo tibio de su concha chorreando la mía y, su palpitar extasiado. Se le vencieron los brazos y sus piernas se aflojaron, cayó sobre su espalda y yo, guiada por mi olfato hundí mi lengua en su círculo infinito, Me ahogué en ella, mientras siguió gimiendo y gimiendo... la lamí, la penetré, le dí mordidas y la froté por infinidad de veces. La distancia hacia su orgasmo era cada vez más breve e intenso. Desvelé mis ojos y la maravilla de su encanto me deslumbró. Estaba enrojecida de labios a labios. Sus ojos, desorbitados, entraron a los míos con la profundidad de quién entiende la vida, después de tantas cotidianas muertes. Su pelo brillaba, sus mejillas ardían y todo su cuerpo suave parecía haberse cubierto de una nueva piel. Estaba hermosa la besé en los labios, parecía una felina en un celo enloquecedor y decidida a encontrar su calma. Yo no podía más que volverle a ofrecer nuestro continuo ritual de muerte y resurrección.

La siesta litoraleña

Hoy soñé con ella. Lo único que recuerdo es su sonrisa con sus ojos pícaros mirando hacia un costado. Vestía de rojo... y no recuerdo más.

-Ah, Sí!!- la particularidad de su aroma. Ese olor único que desprende su piel. Es una mezcla entre, humedad que brotó de su dermis y la tierra que el viento esparce en las ruralidades de una tierra formada por el barro que arrastran los ríos hasta quedar atrapado en los juncas. Esa combinación única de tierra adherida a los invisibles brotes de transpiración de mujer que desmaleza su camino a casa. Ese es el disparador del eros más anhelado. Me doy cuenta cuando, algo dentro de mí, comienza a crecer asomándose desesperado. Me humedezco con el avanzar del día mientras hago los quehaceres cotidianos. Me descubro alienada en esa sensación que no llego a comprender, hasta que, la siesta llega. Ese ruidoso silencio de ramas sacudidas por el viento de hojas y eventuales frutos cayendo. El sol imponente abrazándolo todo. Se acaloran los sonidos, los grillos y las aves de las que algunas llego a reconocer como el ñacurutú, el zorzal y las intrépidas gallinetas. En cambio, muchas otras me hacen imaginar el aullido de una loba.

Se oye de todo menos voces y pisadas humanas. Es un momento de despojo que me intriga, nadie podría verme aunque alguien podría con pasos sigilosos descubrirme y esconderse, entre la naturaleza desbordante que me abraza. Este perfecto suspenso intensifica su recuerdo y mi memoria recupera cada detalle de su cuerpo devolviéndome sus gemidos y suspiros de cuando

mis manos la recorrían y se corría sobre mí con el corazón enloquecido, palpitando al unísono con su clítoris y el mío, ahora, siento mi pecho alborotarse. Me dilato, broto y florezco en esos recuerdos. Me recuesto a la sombra movediza de un ciprés acompañada por la abundancia de árboles y ríos, escucho saltar un pez y vuelvo a sentirme tan mojada, como la recuerdo.

Sobre mis ojos una flor violeta se abre y sus suaves y carnosas hojas, aparecen blandas y livianas, balanceada por una brisa intempestiva de verano, una abeja con aparente embriaguez se acerca lenta y determinada, el aroma de la flor se intensifica y el aguijón la penetra sabiamente. Mis pies se tensan y mis dedos simulan aferrarse, mi respiración se agita y precipitadamente mis pechos piden caricias y esos pellizcos que ella me daba, los revivo con mis manos. Huelo el aroma de la tierra húmeda, el sol me enceguece, cierro mis ojos y ahí está ella extendiendo sus labios hacia mí, siento su lengua juguetona y me ardo escurridiza, mojo mis dedos para hundirlos en mi charco desbordante, me acaricio palpitante, me tensó y me relajo, suspiro, siento la suavidad de mis dedos sobre mi tierno punto divino, me hundo en mi profundidad inalcanzable y en mí desespero agonizante, frenética me sacudo. Se suspenden mis latidos, olvidó respirar, grito hacia adentro, gimo suspendida en el vacío, estallo lujuriosa y chorreante, voy acabando mi ritual. Bendigo mi memoria, las siestas y el placer.

Animal

Nos despertamos acurrucadas una en la otra. Mis tetas acarician tu espalda y mis manos dan calor a las tuyas, mi nariz está hundida en tu cuello y enredadas entre nuestros pelos largos y perfumados. Las caderas como una cofradía se abrazan y sostienen mutuamente. El calor de su cola sobre mi útero en hervor pasó la noche y de él, como un caldero chorreante me desbordo. Abro los ojos y humedecida contra vos, despierto. Latiendo y erecta acerco mi pubis un poco más sobre tu glúteo. Volteás frente a mí, con ojos extasiados y picardía me besás sin dudarlo y sonriente me das los buenos días. Rápidamente como quién conoce la ruta avanzás con tus manos sobre mis tetas acariciando y pellizcando con la suavidad justa. Llevás tus besos para arderme entera camino al sur de mi ombligo, tus mordiscos me llevan al borde y tu lengua me consuela tibiamente. Cómo una cabra atropelladamente te lanzás con violencia sobre mí, frotando tu vulva con frenesí. Te volvés agua entre mis labios verticales multiplicando los licores que se derraman sobre mis muslos. En un abrazo errático logro desmarcarme, volteándote boca abajo, enardecida, me monto en vos, acabando la danza de nuestras caderas una sobre otra, froto mi concha contra tus glúteos sin poder elegir uno solo. Te monto prendida de tus cabellos y vos cómo presa mansa, gemís agonizante, sincronizada con los gritos que libero de placer. Te chupo, te muerdo, me derrito, nos hacemos agua y me hundo en vos, nos hacemos río, barro, volvemos a ser

cuerpo, nos hacemos masa. Nuestros cuerpos se distancian apacibles, los latidos templan, una hendidura de aire nos divide. La miro, volvés a mirarme. Te huelo distinta, me olés nueva, olemos a yeguas de carreras que se hamacan una encima de la otra. Durante la noches y los días, creamos rincones a escondidas en donde desesperarnos y aliviarnos.

Ella y otra ella.

Ella entró con su largo cabello suelto por el lateral izquierdo, se miró en el espejo, acomodó su aro de puño feminista, bajó su shorts y la bombacha en un solo movimiento y se sentó en el inodoro alguien golpea. Ella grita

-¡Ocupado!

Insisten en el golpe. Ella se toma su tiempo, se levanta acomodando su ropa y abre la puerta repentinamente y con enfado. Del otro lado estaba ella otra, también llevaba puesto el aro compañero del puño feminista y su cabello suelto. Ellas se miraron sostenidamente con sus miradas suaves y profundamente intensas. Ella agarró la mano de la otra ella y la acercó al interior del baño, sus cuatro pezones se encontraron de frente y no dudaron en ponerse puntiagudos, como era de sospechar, acompañaron aquel punzante encuentro con unos deliciosos besos haciendo que sus humedades naturales entren en ebullición, sus lenguas se entregaron y acariciándose se chuparon en todas las velocidades, penetraban sus bocas y cada algunos instantes respiraban por nariz procurando no asfixiarse. Abrieron sus piernas ofreciendo una, dispuesta al placer de la otra armando un armónico y justo entre piernas. Sus cabellos se enredaron como si de serpientes se tratara, el espíritu de la lujuria las poseía. Se frotaron en la danza tribade ancestral zigzagueando hasta el big bang.

A la cabra indómita

Me seducías con tus labios cómplices de tu lengua irrefrenable, emisora de palabras que no contenían tanto como sí la lascivia que parecía colarse de alguna hendidura invisible que sutil llegaba hasta mí. Mientras hablabas sin parar, nuestros dedos se entrelazaron, posiblemente a causa de alguna conmovedora historia que relatabas en aquella terraza lindera al balcón del vecino. Me acuerdo de la luna llena, de las estrellas y la sensación de tu mano que me disparó el deseo hasta las nubes. Quizás notaste mi distracción o claramente percibiste lo que empezaba a latir en mi entrepiernas, sonreíste y acercaste tus labios carnosos a los míos, nos lamimos tímidamente. Nuestras piernas que se encontraban próximas también se acercaron, estuvimos un largo rato jugando a las caricias y los besos, mi mano llegó a tu abdomen y de ahí la línea directa me llevo al sur de tus caderas, te movías ferviente como mis curiosos dedos que ya te querían conocer completa. La humedad de tus besos alcanzó el humedal que secretamente esconden mis bellos púbicos volviendo mi respiración desesperada. Te apoyaste de piernas abiertas sobre mi mano cual, fugitivo en acción, fue acorralada por tu deseo indómito. Yo no podía más que someterme a tu ardor enajenado. Tu clítoris incómodo, exigió quitar el shorts y las medias. Ahora, con el camino abierto podía sentir el terror ante el desconcierto de aquel desconocido universo, no podía evitar el diálogo interno preguntándome, ¿Cuál será la ruta de placer para semejante belleza?...

Acerqué mis pechos a los tuyos y el alboroto de tus latidos me devolvió a lo urgente. El aire era tomado a bocanadas y tus caderas serpenteantes no cesaban de bailar. Supiste ir en mi alivio acariciando mis tetas y extendiendo uno de tus largos dedos en mí recuperaste la savia con la que complaciste suave y sostenidamente mi perla del placer. El brillo de tus ojos era la guía perfecta, pude verte en ellos al borde de la erupción. Tus gemidos críticos se esparcieron por todo el vecindario, los perros empezaron a aullar junto a nosotras mientras, nos derretimos la una en la otra y el vecino, bajó la persiana.

Chica humedal

"Todavía estás en mis deseos que secretamente, mi cama, mis dedos y mi humedal habitamos".

A carcajadas

Los astros decían: "aparece un nuevo amor" entonces, mi pecho palpité acalorado y pensé, mejor, esta noche me quedo en casa... intencionando burlar al destino quien pretende trazar citas incluso en el momento menos pensado. Invité a las amigas de siempre a ver una peli en la terraza, vinieron todas las que habíamos acordado sin embargo el timbre volvió a sonar. Asomé mi cabeza entre las cortinas de la ventana que daba a la calle y respiré hondo porque sentí que me faltaba el aire. Volvió a sonar el timbre y mis amigas insistieron en que abra la puerta, junté coraje como si del otro lado estuviera el cuco de los cuentos, pero era aún peor, se trataba de la mujer que desorganizaría mi mundo con sus encantos. Esa noche mis labios quedaron inmersos en los suyos verticales y mi lengua hundida en la hendidura más deliciosa que probó mi paladar. Ella rio a carcajadas y yo disfruté de sus sonrisas.

Navegando Te

Ella fue a buscarme al puerto en su embarcación, el viento despeinaba el largo pelo que enmarcaba su cara con rasgos de perfecta simetría acompañando su armonioso cuerpo de largas extremidades. Me quedé perpleja ante tan sorprendente imagen, subí al bote y navegamos por largas horas que se hicieron breves. El recuerdo más vívido son las fotos que le saqué, todas, en la misma posición. Sostenida del timón, con la mirada perdida en el horizonte, sus rodillas estaban juntas vestía un short que lucía sus tentadoras piernas y una musculosa celeste mareado, que fielmente, contenía su cintura, los hombros y sus pequeños pechos con uno de sus pezones erectos. La lucía espléndida sin ocultar ni exagerar absolutamente nada. De momento como si hubiéramos saltado en el tiempo, alcé la mirada y estábamos en medio de la selva, todo era de intensos verdes y variadas texturas, había abundante vegetación y tuvimos que abrirnos paso entre los juncos. Para encontrar una porción de tierra donde acostarnos a tomar sol, ambas nos quedamos rápidamente en bikini. Ella tenía una de esas bombachas que se atan y desatan por los costados de las caderas y su corpiño también era de fácil acceso. Mi corpiño era sin breteles y a la parte de abajo con un poco de audacia se la podía correr rápidamente. Nos acostamos una al lado de la otra tratando de sentir la quietud de la tierra debajo de nuestras espaldas contemplamos el cielo. La sensación del vaivén propio de la navegación fue tan agradable y lenitivo que ya queríamos repetir el estado de trance crítico y su consecuente gozo. No dudamos en permitir el roce de nuestras pieles calientes por el calor del sol y de los libidinosos deseos que durante meses

habíamos alimentado a la distancia. Dimos un medio giro al unísono quedándonos pechos contra pechos y ahora también nuestros pezones punzantes se rozaban al mismo tiempo que nuestras pieles se buscaban. Nos besamos con toda la humedad existente y sin mezquinar ni una porción de nuestras lenguas, un beso de sus carnosos labios era suficiente para derretirme desde mi más honda acuosidad hasta mis muslos. Ligeramente tiré las cintas de su bikini y ella ágilmente metió sus dedos por el costado de la mía, aunque, no pudiendo llegar muy profundo así que me sacó la bombacha y me senté sobre las tibias con los empeines estirados y apoyando la cola sobre mis talones quedé, enteramente dispuesta a sus habilidosas manos, puso su pecho contra mi espalda, corrió mi pelo hacia un costado mientras me besaba el cuello, su mano descarta la última prenda que me quedaba, me abrazó hasta las tetas mientras las acariciaba y daba suaves pellizcos a mis pezones yo comenzaba a agotarme desprendiendo suaves suspiros y gemidos. Yo no podía menos que arder en mi propio cuerpo, ella, sabiendo que era el momento exacto metió su mano entre mis piernas haciendo suya mi empapada hendidura, adentró un dedo y después otro, los quitó y los metió a todas velocidades embebiéndose toda en mí. Podía sentir su pubis húmedo frotándose contra mis caderas mientras gemía cada vez más fuerte y sofocada, yo comenzaba a desbordar, no sé si de muerte, de llanto, en un grito o en una inundación apocalíptica fue entonces cuando ella definió llevarme al estallido acariciando mí clítoris incontinentemente empujándome al abismo de los orgasmos sincronizados hasta hacernos una sola ola de fluidos tibios. Nos abrazamos húmedas y chorreantes, extenuadas y sonrientes sobre el humedal.

El amor errante

Ellas nunca supieron cuál era el color favorito de la otra, ni si tenían segundo nombre. Nunca conocieron de la otra sus miedos, sus sueños o el dolor. No tuvieron tiempo de saber si en aquellas conversaciones mínimas se entendían, o si solo creían dar los mismos significados a las pocas palabras que dijeron. No conocieron nada de sus pasados y lo exiguo de sus presentes. No supieron qué les gustaba leer ni cuál es el estilo musical que pone a bailar sus caderas.

Sí supieron el olor de sus pieles y el sabor de sus pliegues. Degustaron minuciosamente sus labios y sus lenguas. Supieron el ritmo de sus corazones apacibles al dormir y embravecido cuando jugaban tribadismo.

Se supieron sus húmedas profundidades y cuál era la presión justa para, que cada caricia en sus clítoris, irradie vibraciones de placer, a cada rincón de sus cuerpos.

Se comunicaron en gemidos, vocales y onomatopeyas, a veces usaron el ¡Ay!, otras el, ahí, ahí, ahí!!!. Supieron que el deseo las violentaba, cuando habilitaban el ring todas las impudicias eran sórdidas desvergüenzas y los gritos gozosos, los pellizcos y mordiscos y las nalgadas, se volvían vicio.

Se conocieron la temperatura de sus miradas y se empaparon colmadas veces, la una, en la otra, sabiendo la textura de cada milímetro de sus pieles. Se introdujeron lo más adentro que sus dedos alcanzaron, se respiraron al oído y con placer se escucharon.

Sincronizaron sus orgasmos sin planearlo así como, sus encuentros. Pero, no supieron decirse te quiero, me gustas, te deseo cuando no te veo.

Me visitas en los sueños y te traigo cuando te imagino.

No supieron decir.

No supieron agarrarse.

No aprendieron dejarse ir y confiar en el volver.

No supieron las palabras que contuviera el,

"Sí, quiero". Quiero conocerte, quiero saber qué te gusta, si te gusta dibujar, si soñas. Si consultás algún oráculo en tus momentos desesperados. Quiero contarte todo lo que me dice el cielo y que juntas lo andemos en la tierra. Quiero navegar camino a casa con vos algunas noches. Quiero saber qué preparar de desayuno y cuando nos esté por bajar la luna abrazar tu vulnerabilidad y las exaltaciones emocionales. Me encantaría pasear de la mano, que nos vean juntas y le gritemos a los machirulos acosadores que no estamos solas.

Quiero dormir con vos, sabiendo que mañana nos volvemos a mirar y encontramos palabras para decirnos buen día, me hacés bien.

*Me llamo Eris soy isleña Entrerriana
nací en la rivera del Río Salto del paraíso
y crecí en el río Paraná. Actualmente
vivo en el Delta de Tigre provincia de
Buenos Aires. Soy artista y productora
escénica, activista lesbiana, Astróloga,
lectora y escritora de oficio.*

Instagram
@erisastrologa